

EL 18 DE MARZO

Por Louise Michel

HAN PASADO TREINTA AÑOS desde aquel memorable día, desde el 18 de Marzo del 71. Al amanecer las campanas tocaban a arrebato, y sin sentir apenas la tierra que hollábamos bajo nuestra planta, subimos precipitadamente a las alturas de Montmartre, en cuya cima se hallaba todo un ejército formado en orden de combate. No esperábamos poder volver de allí aun cuando todo París se hubiera levantado. Ya los soldados se ocupaban en enganchar a los cañones que tenía en ese lugar la guardia nacional los caballos que habían traído aquella misma noche de Batignolles. ¡Y, cosa admirable!, las mujeres, de cuya presencia ninguno nos habíamos dado cuenta, interponiéndose entre nosotros y la tropa se lanzaron sobre los cañones, en tanto que los soldados permanecían inmóviles.

En el momento que el general Lecomte dio la orden de hacer fuego sobre la multitud, un subalterno (Verdaguerre) dio un paso al frente, y, ahogando la voz de aquél con la suya, gritó: «Culatas arriba». Y a él fue a quien obedecieron los soldados, que fraternizaron con el pueblo; entonces el sol brillante de la primavera pareció iluminar amoroso a la libertad, a la grande y victoriosa libertad, cuya conquista creíamos haber realizado para siempre¹⁸.

¹⁸ «En Montmartre el general Lecomte avanzó pretendiendo hacerse con las riendas de la situación. Por tres veces ordenó a sus tropas disparar, pero no lo hicieron. Una mujer desafió a los soldados: "¿Vais a disparar contra nosotros? ¿Contra vuestros hermanos? ¿Contra nuestros maridos? ¿Contra nuestros hijos?". Otra los insultó, recordándoles su derrota a manos de los prusianos. Lecomte amenazó con

En vez de esto sobrevino la catástrofe. Más se acercaba a los cien mil, que a los veinte mil declarados oficialmente, el número de los cadáveres que fueron enterrados en todas partes, en los fosos de la ciudad, bajo el pavimento de las plazas y calles, o quemados en los cuarteles, en la Plaza de la Concordia y en otros lugares. Los que descansan bajo la vía pública suelen aparecer de cuando en cuando, encontrándose, al hacerse las excavaciones, esqueletos enteros envueltos en restos de uniformes de guardias nacionales; pero las cenizas de los otros han sido esparcidas por el viento sobre toda la superficie del planeta¹⁹.

fusilar a cualquiera que se negara a disparar, preguntando a sus soldados si “se iban a rendir a aquella escoria”. Louise Michel recordaba que un suboficial dejó las filas, “situándose frente a su compañía y gritando, más alto que Lecomte: ‘¡Dad la vuelta a vuestros fusiles!’. Los soldados obedecieron [...] y con aquello se había hecho la revolución”». John Merriman, *op. cit.*, pág. 74.

¹⁹ «El número de comuneros que perecieron a manos de las fuerzas versallesas es todavía objeto de debate. Los informes conservadores acusan a los comuneros de asesinato en masa, estimando que 66 o tal vez 68 rehenes fueron asesinados. Los versalleses, por su parte, ejecutaron sumariamente, sin un juicio real, hasta 17.000 personas, cifra ofrecida por el informe oficial del gobierno. El Consejo Municipal pagó por ese número de enterramientos después de la Semana Sangrienta. Sin embargo, algunas estimaciones han elevado el número hasta 35.000 muertos.

[...] Cuando los periódicos pretendieron publicar las listas de los ejecutados por orden de los tribunales militares, se les dijo que eso no era posible porque no existía un registro oficial de aquellos consejos de guerra. Muchas personas simplemente desaparecieron como víctimas anónimas. Cuando los cuerpos de los comuneros que habían sido ejecutados pudieron ser identificados, las autoridades se negaron durante cuatro meses a permitir que sus familias pusieran flores o cualquier otra cosa en sus tumbas.

Un estudio posterior llevado a cabo por miembros del consejo municipal de París llegó a la conclusión improbable de más de 100.000 trabajadores muertos, prisioneros o huidos. Esa estimación podría ser más elevada, pero de lo que no cabe duda es de que la clase obrera parisina se vio considerablemente mermada. Al comparar el censo de 1872 con el de 1866, la mitad de los 24.000 zapateros habían desaparecido, así como 10.000 de los 30.000 sastres, 6.000

De esa época acá han transcurrido treinta años, y aunque algunos pretendan decir que la libertad se halla más lejos que nunca de nosotros, el hecho es que se encuentra mucho más cerca; tanto que, los que la combaten, han tenido que apelar al recurso extremo de sembrar el germen del odio entre los revolucionarios, olvidando que llegará un día en que este sentimiento mismo servirá de estímulo para despertar el deseo de venganza contra el enemigo común, ese monstruoso pasado que, resistiéndose a morir, se ve, sin embargo, agonizar sumergido en la sangre de sus víctimas.

Lo que matará a la vieja sociedad son sus crímenes, los cuales se hacen tanto mayores cuanto más cerca se halla del borde del abismo. Así como no es posible que nos contentemos con volver a las condiciones del antiguo hombre de las cavernas, tampoco puede suponerse que el de nuestros días se conforme con seguir viviendo en medio de la iniquidad, la injusticia y la prostitución. Los asesinatos, los saqueos y las espantosas matanzas que hoy tienen lugar en China²⁰ en nombre de la civili-

de 20.000 carpinteros y ebanistas y 1.500 de 8.500 trabajadores del bronce, con cifras sólo un poco menos llamativas entre fontaneros, techadores y otros oficios de los que salieron muchos comuneros militantes. Mucho después de la Comuna, los industriales y los pequeños empresarios se quejaban de la escasez de artesanos y trabajadores expertos.

Maxime Vuillaume dio en el clavo cuando, al tratar de evaluar el número de víctimas de los versalleses, inquiría: “¿Quién puede saberlo?”. Louise Michel se preguntaba: “Pero, ¿de cuántos de los que estaban allí no sabemos nada? De vez en cuando la tierra vomita sus cadáveres”. París se había convertido “en un inmenso matadero y [...] nunca sabremos los nombres ni el número de víctimas”. Esto sigue siendo cierto hoy día». John Merriman, *op. cit.*, págs. 373-375.

²⁰ Se refiere al llamado Levantamiento de los bóxers, o «Levantamiento Yihétuán» (literalmente, «los puños rectos y armoniosos»). Fue un movimiento iniciado en noviembre de 1899 y finalizado el 7 de septiembre de 1901, surgido en China contra la influencia foránea en el comercio, la política, la religión y la tecnología de los últimos años del siglo XIX. En agosto de 1900, cerca de 230 extranjeros, miles de chinos cristianos, un número desconocido (entre 50.000 y

zación, cubiertas bajo el manto de un militar y clerical legalismo, no serían ya posibles en Europa sin que todas las naciones se levantaran presa del espanto y el horror; ni guerras parecidas a la del Transvaal²¹ podrían estallar entre nosotros si nos fuera dado ver los miles de muertos de una y otra parte que cubren las lejanas montañas africanas lanzando una maldición sobre la tierra entera. Jamás, después de tan horrible y dura lección, hubiera podido la rapacidad capitalista renovar atrocidades semejantes.

¡He dicho que el término de la jornada se aproxima! Por eso los Abdul Hamid²² del mundo tiemblan en medio de sus locuras criminales y sanguinarias, y al sentir que les falta el terreno bajo sus pies, se ven obligados a refrenar su crueldad.

El hombre no ha sido hecho para ser víctima ni verdugo, ni para arrastrar una existencia de odios, desesperación y continua miseria; si tales males nos afligen, se debe a la estupidez y cobardía universal. ¿Acaso los monstruos, que los héroes legendarios del porvenir tendrán que exterminar, no son la guerra, la miseria, la opresión y la ignorancia? El verdadero ideal se presenta ante nuestra vista en forma más clara y distinta que hace treinta años, y a todos y cada uno corresponde, realizando cada cual su misión, el echar las bases de estos nuevos tiempos durante los que, por muchas sorpresas que nos reserven los años, la marcha va encaminada hacia una meta que ya no es un misterio, y que no es posible desconocer. Con la vista fija en la

100.000) de rebeldes, sus simpatizantes y otros chinos habían muerto en la revuelta y su represión. (Wikipedia).

²¹ Alusión a la segunda guerra de los bóeres (11 de octubre de 1899-31 de mayo de 1902), que tuvo lugar entre el imperio británico y los colonos de origen neerlandés (los afrikáneres) y cuyo resultado fue la extinción de las dos repúblicas independientes que los bóeres habían fundado a mediados del siglo XIX: el Estado Libre de Orange y la República de Transvaal. (Wikipedia)

²² Abdul Hamid II (1842-1918), a quien la prensa europea y americana apodó «el gran asesino» y «el Sultán sangriento». Responsable de las llamadas *masacres hamidianas* contra los armenios. (Wikipedia)

estrella de redención, avancemos hacia adelante sin temor; los días de la indecisión y la duda tocan a su término. Verdad es que nos queda mucho que aprender respecto a la extensión, grandeza, hermosura y alcance de la obra; ¿pero por ventura las gigantescas columnas que el antiguo Egipto transportaba de un lugar a otro por medio de los firmes brazos de millones de esclavos, no se hubieran podido mover si los encargados de ejecutar ese trabajo hubiesen sido hombres libres? ¿Será empresa demasiado difícil el crear en torno de la cuna de una humanidad libre el ancho y amplio espacio que se necesita para el natural desarrollo de la justicia, la verdad, la ciencia, el arte y las maravillas, a que darán nacimiento una nueva concepción de la libertad y de lo verdadero?

El 18 de Marzo que vimos hace treinta años, fue magnífico; en el primer momento conmovió a todas las naciones. El nuevo 18 de Marzo será el de todos los hombres conscientes, cuyo número es ya considerable; el de todos los espíritus nobles y elevados, el de todo corazón generoso que late en el pecho de la humanidad; y todos estos combinados esfuerzos, clamando por la libertad, concluirán por despertar la tierra.

El 18 de Marzo, la aurora de la *Commune* fue espléndida, y más todavía su crepúsculo, en Mayo, en la grandeza de la muerte.

Las debilidades y los errores que la *Commune* pudo cometer deben ser perdonados ante la fiereza y majestad de la caída; ante ese desprecio de la vida que constituye uno de los factores más importantes en todo combate por la libertad.

El sentimiento predominante, después de la victoria del 18 de Marzo, era de alegría por haber conseguido la deliberación, de verdadera satisfacción por haber alcanzado libertades en que asentar una grande y noble república. El Manifiesto del Comité Central se expresaba en estos términos:

Ciudadanos: El pueblo de París ha sacudido el yugo que pesaba sobre él. Con la tranquilidad característica de los que tienen conciencia de su propia fuerza, la ciudad ha esperado sin temo-

res ni provocaciones y con calma y serenidad el ataque indigno de los que pretendían asesinar a la república. Pero esta vez nuestros hermanos del ejército se han negado a poner la mano sobre el arca santa de la libertad.

Pronto, sin embargo, los soldados, embriagados con la calumnia y el alcohol, obedecieron las órdenes de Versalles, que les mandaba exterminar. Esta, como siempre, es la eterna historia de la disciplina que convierte a los hombres en máquinas, haciendo que asesinen tan inconscientemente a sus semejantes, como la piedra tritura el grano en el molino.

Digo y repito que el hombre no ha nacido para arrastrar una existencia en que dominen el crimen y el dolor, y es necesario que todos comprendan bien esto, viendo el porqué de una parte nos negamos a torturar y de la otra a ser torturados. Bien sabemos que por todos lados no se ven más que muestras de las infamias más terribles; pero es necesario que rehusemos tomar parte en su realización. Esa es la clave del problema.

El 18 de Marzo del mundo entero será como un majestuoso y brillante sol elevándose en todo su apogeo sobre virginales alturas, y entonces los nuevos tiempos de paz y de ventura empezarán para la humanidad.

Tomado: Marian Leighton, «ANARCOFEMINISMO Y LOUISE MICHEL» s.l.: La Congregación (Anarquismo en PDF), 2023.

https://anarkobiblioteka3.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/08/anarcofeminismo_y_louise_michel_-_marian_leighton.pdf